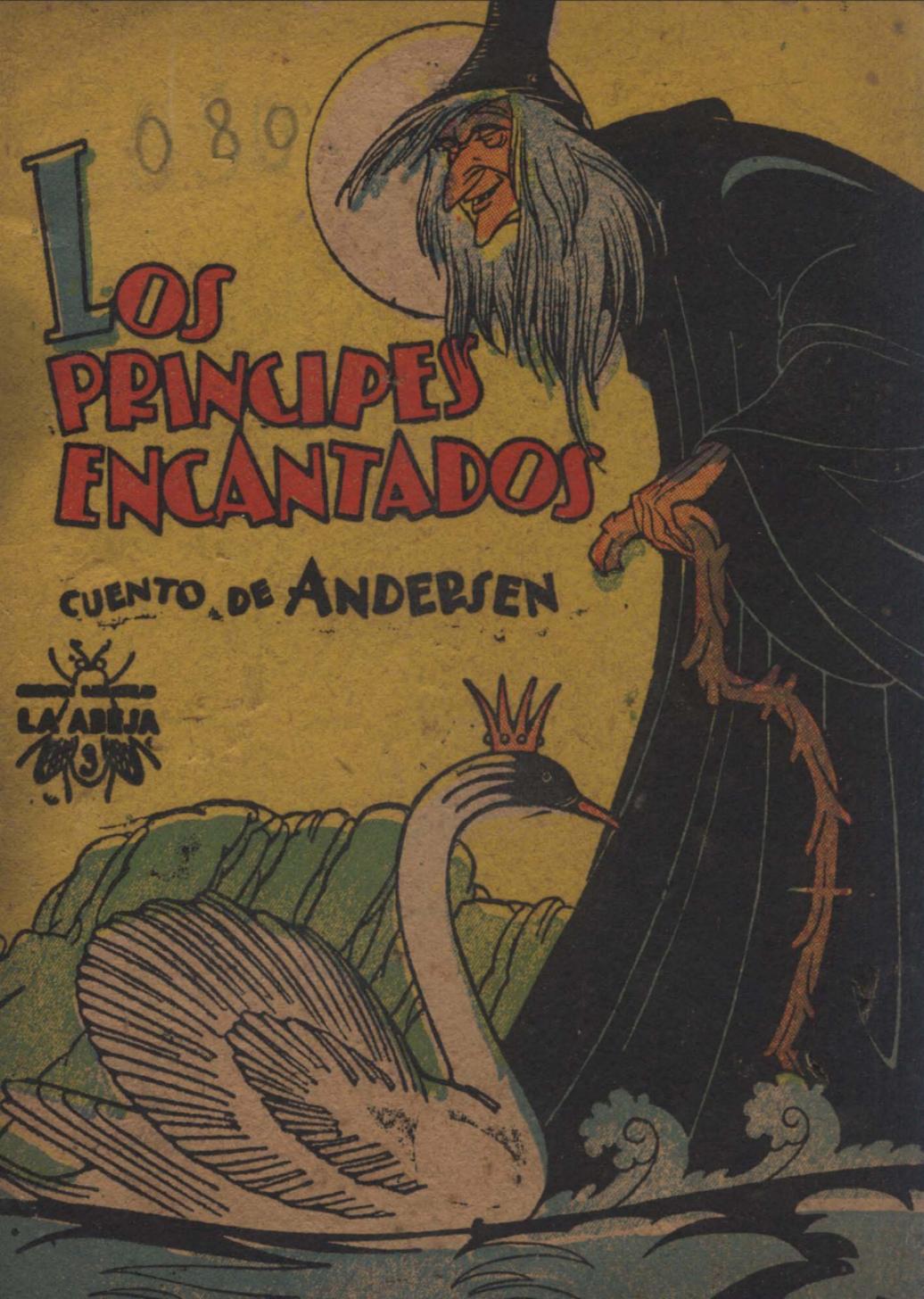


080

# LOS PRINCIPES ENCANTADOS

CUENTO DE ANDERSEN





00163285



LOS PRINCIPES  
ENCANTADOS



EDITORIAL TOR

Rio de Janeiro 760

Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alf Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Taniño el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Seuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolásín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélida
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



# LOS PRINCIPES ENCANTADOS

## I

### *Los doce hermanitos*



LLA, en un país cálido y lejano, vivía un rey que tenía doce hijos. Once eran varones y una era mujer. Esta se llamaba Leonor y era muy linda y buena.

Los once hermanitos varones, no habían querido que un profesor concurreniera a palacio a darles clase. Preferieron ir a la escuela como cualquier hijo de vecino. Y a pesar de todo lo que los distinguía de los demás niños, no negaban su trato a los más humildes ni dejaban de participar en los recreos con los más pobres compañeros.

La princesita Leonor se pasaba los días sentada en un banco de cristal de roca, entretenida en mirar un libro que tenía preciosas láminas.

No cabía duda de que los niños de este cuento eran muy felices y dignos de envidia. Pero la dicha a veces no dura.

## II

### *La madrastra perversa*

Nos habíamos olvidado de decir que los doce hermanitos no tenían madre. Esta había muerto poco después de nacer el último de los príncipes.

Cansado el rey, su padre, del estado de viudez, decidió casarse en segundas nupcias. Y lo hizo con una mujer perversa, de carácter autoritario y de corazón empedernido.

La nueva reina y madrastra de los príncipes aborrecía a los niños, cosa inconcebible en una persona de buenos sentimientos. Desde el primer día se lo hizo comprender a sus hijastros. Con motivo de la fiesta realizada en palacio, los niños jugaban, cantando y saltando alegremente. Era una alegría que les salía del corazón al ver que volvían a tener una madre. Habían acudido muchos extranjeros. Pero la reina, en lugar de dar a los hijos del soberano, como era costumbre establecida en la corte, pasteles y manzanas asadas, les hizo servir arena en tazas de té y maza en platos de postre, dándoles orden que hicieran ver que comían y bebían las cosas más deliciosas.

En los días sucesivos se valía de cualquier pretexto para tomar a puntapiés y bofetones a los niños, haciéndoles la vida poco menos que imposible. En cuanto a la princesita Leonor, la mandó al campo a vivir con unos humildes agricultores.

Poco tiempo después habló tan mal al rey acer-



*El rey se casó  
nuevamente...*

ca de sus hijos, que el mismo padre les tomó antipatía y no volvió a preocuparse de ellos.

Y cuando lo creyó oportuno, dijo la reina:

—Que vuelen por el mundo y nos dejen libres de cuidados.

Y como no ignoraba las artes de la brujería, añadió:

—Que se conviertan en grandes aves sin voz.

Sin embargo, la mala mujer no pudo hacerles todo el daño que quería, con ser mucho el que les hizo. Los once príncipes se convirtieron en once cisnes silvestres. Lanzaron un grito extraño y levantaron vuelo sobre el parque y el bosque.

Horas más tarde pasaron junto a la casa de los agricultores donde vivía su hermana Leonor. Pero ésta se hallaba acostada y durmiendo con la tranquilidad de las almas sin mancha. Volaron sobre el techo, extendieron su largo cuello graznando todo lo fuerte que pudieron y batieron las alas con energía. Pero nadie de la casa los oyó ni los vió. Entonces reanudaron el vuelo, llenos de tristeza, en dirección a las altas nubes.

Volaron sobre diferentes países, y sólo se detuvieron en una tupida selva que se extendía hasta la orilla del mar.

### III

#### *La princesa Leonor*

La pobrecita princesa, mientras tanto, pasaba los días en la habitación humilde del campesino, entretenida con las hojas secas que se desprendían de los árboles, pues carecía de otro juguete.

Y así pasaron los días y los meses.

Si el viento agitaba los rosales que crecían delante de la casa, la princesa preguntaba a las rosas:

—¿Hay algo en el mundo más lindo que vosotras?

Y las flores, sacudiendo la cabeza, respondían:

—¡Ya lo creo! Más linda que nosotras es la niña Leonor.

Los domingos, cuando la vieja campesina estaba sentada junto a la puerta de su humilde vivienda, leyendo el libro de oraciones, cuyas ho-

*Nunca princesa alguna se  
había visto tan hermosa...*



jas le volvía el viento, le preguntaba la princesa al libro:

—¿Hay algo en el mundo más piadoso que tú?

Y el libro de oraciones le respondía:

—¡Ya lo creo! Más piadosa que yo es la niña Leonor.

#### IV

#### *La reina envidiosa*

Cuando la princesa Leonor cumplió los quince años volvió al hogar que en derecho le correspondía: el palacio real.

A pesar de sus deseos, Dios no había concedido hijos a la reina. Por eso al ver la hermosura de aquella joven que era hija de su marido, montó en cólera y la odió con toda el alma. De buena gana la hubiera convertido en cisne silvestre, co-

mo hizo con sus hermanos, pero no se atrevió, porque sabía que el rey amaba mucho a su hija y tenía grandes deseos de verla y pasar largos ratos con ella.

A la mañana siguiente, apenas se levantó, bajó al pabellón del baño, que estaba construido con preciosos mármoles y adornado con muelles almohadones y soberbios tapices.

Después de comprobar que estaba completamente sola, pronunció unas palabras extrañas. Como por arte de encantamiento, se le presentaron tres asquerosos sapos arrastrándose torpemente. Agarró a uno, y después de darle un beso en su fría y seca boca, le dijo:

—Cuando Leonor venga al baño, te colocarás en su cabeza, para que se vuelva tan estúpida como tú.

Luego agarró al otro sapo, y dándole también un beso sin el menor asco, le dijo:

—Te colocarás en su frente para que se vuelva tan fea como tú.

Finalmente, levantó al tercer sapo, y después de darle un beso en su horrible boca, le dijo:

—Te colocarás sobre su corazón para que padezca muchos tormentos.

Una vez hechas tan infames recomendaciones, la malvada reina arrojó los sapos al agua, que, de cristalina que era, se puso verdosa.

Inmediatamente, hizo comparecer a Leonor, la desnudó y la metió en la pileta.

Apenas entró la inocente niña en el agua, uno de los sapos se colocó sobre su cabeza, otro sobre su frente y otro sobre su corazón. Pero Leonor pareció no advertirlo siquiera.



*Recogió aquellas plumas...*

Antes de salir del baño, la princesa se sacudió, saltaron los sapos sobre el agua y aparecieron sobre la superficie tres grandes y rojas flores de adormidera. Si los batracios no hubieran sido venenosos y no hubieran estado embrujados por la mujer maldita, se hubieran convertido en bellas y fragantes rosas. De todas maneras, se convirtieron en flores porque Leonor era tan piadosa e inocente que la magia no podía ejercer influencia alguna sobre ella.

Al ver la reina que de nada habían servido sus maleficios, frotó la suave piel de la joven con aceite de nueces, con lo que oscureció horriblemente su cuerpo. Después untó su lindo rostro con una pomada fétida y enmarañó su sedosa cabellera de tal modo que era imposible reconocerla.

Inmediatamente la presentó al rey. Este, al verla, se asustó y dijo que aquella horrible mujer no podía ser su hija.

*La princesa errante*

Ante su triste situación, Leonor lloró amargamente y se puso a pensar más que nunca en sus once hermanos ausentes, cuya verdadera suerte ignoraba.

Con el corazón destrozado, se escapó del palacio y echó a vagar por los campos sin saber a dónde iba.

Atravesó praderas y lagunas y se metió en una intrincada selva. No sabía en realidad a dónde ir. Un único deseo la animaba: encontrar a sus hermanos. ¡Pero dónde y en qué forma? Lo ignoraba. Sin duda, los príncipes, como ella, ante el odio de la madrastra se habían visto obligados a abandonar su real morada.

Llegó la noche. Leonor se hallaba desorientada, y como la fatiga la rendía, se acostó sobre el blando césped, rezó sus oraciones y apoyó la cabeza en el tronco de un árbol. No tardó mucho en vencerla el sueño, y durmió profundamente.

Cuando la princesa despertó, el sol ya estaba alto, aunque ella no pudo notarlo debido a los grandes árboles que formaban como un tupido techo sobre su cabeza. Sin embargo, percibía sus rayos, que se le antojaban una gasa de oro levantada por el viento. Las plantas exhalaban un delicioso perfume y los pájaros acudían a posarse sin miedo en su hombro. Nunca había contemplado una escena tan maravillosa.

Como alegre música se le antojó a Leonor el dulce murmullo del agua que fluía de muchos ma-

*Le informó al monarca...*



nantiales. Se levantó y se dirigió a un lago cuya fondo era de fina arena. Aunque este lugar estaba cercado por espesas zarzamoras, se podía llegar a él a través de una abertura hecha por los ciervos que acudían a abreviar allí. Por aquella abertura fué por donde la niña llegó junto al agua, que era tan transparente, que si el viento no hubiese agitados las ramas de las plantas que la rodeaban, se hubiera creído que estaban pintadas en el fondo.

Cuando Leonor miró su rostro reflejado en el lago y lo vió tan negro y tan feo, retrocedió horrorizada. Pero el deseo de mantenerse limpia, pudo más que el espanto que le producía su propia imagen. Y notó con alegría que al mojar sus manos en el agua y frotar los ojos y la frente,

reaparecía la blancura luminosa de su piel. En seguida se quitó los vestidos y se bañó en aquella agua fresca y pura. Todo su cuerpo recobró el blanco y rosado matiz que le era propio. Nunca princesa alguna se había visto tan hermosa como la inocente Leonor.

Una vez vestida y después de haber formado una trenza con sus largos cabellos, se dirigió a un manantial que brotaba allí cerca. Bebió agua fresca en el cuenco de la mano y se internó nuevamente en el bosque, sin rumbo fijo.

A poco andar, descubrió un árbol que estaba tan cargado de fruta que las ramas se doblaban con su peso. Como se le había despertado el apetito, comió algunos de aquellos manjares naturales de exquisito y fragante sabor. Luego se internó en la parte más sombría del bosque.

Plácidamente, todo lo plácidamente que le era permitido a su atribulado corazón, pasó el día la princesa. Fué así como la sorprendió la noche cuando menos lo esperaba. Con el alma llena de lágrimas, se acostó sobre un lecho de hojas secas, y no tardó en quedar profundamente dormida.

Cuando despertó, no sabía Leonor si lo que había visto mientras dormía era sueño o realidad.

Se levantó, se higienizó y siguió su camino por una senda alfombrada de musgo húmedo todavía de rocío.

Cuando más sentía la tristeza que produce la soledad, se encontró con una viejita muy limpia y muy simpática, que llevaba una canasta llena de frutas. Le dió a Leonor los buenos días y le ofreció unas cerezas frescas y rojas como sus labios. La princesa aceptó el obsequio, y mientras sabo-



*Al mojar sus manos en el agua...*

reaba la deliciosa fruta, le preguntó si no había visto atravesar el bosque a once príncipes caballeros en briosos corceles.

—No —le dijo la viejita—; pero he visto once cisnes preciosos con coronas de oro en la cabeza, que nadaban en un lago que está cerca de este bosque.

—¿Por dónde se va a ese lago? —preguntó Leonor.

—Ven conmigo, que te acompañaré.

Y condujo a la niña por una pequeña barranca al pie de la cual corría serpenteando un arroyo. Las orillas estaban sombreadas por árboles corpulentos que entrelazaban sus ramas hasta dejarlas colgar sobre el agua.

—Este arroyo desemboca en el lago donde vi los cisnes —dijo la viejita—. No puedes perderte.

La princesa se despidió de su providencial guía y continuó su marcha bordeando aquella corriente de agua cristalina hasta el sitio en que se vertía mansamente en un hermoso lago.

Leonor quedó maravillada ante aquella inmensidad. Más que lago, parecía el mar en toda su imponencia.

En eso observó que las tenues olas del lago habían arrojado sobre la arena de la playa once plumas de cisnes blancos. Pudo ver que estaban rociadas con gotas que brillaban como diamantes. ¿Qué era aquello? ¿Rocío o lágrimas?...

## VI

### *Los príncipes encantados*

Recogió Leonor aquellas plumas e hizo con ellas un ramillete.

Una tarde, a la hora en que el sol empezaba a ocultarse bajo el horizonte, Leonor vió acercarse a la playa once soberbios cisnes empenachados con coronas de oro.

Ante aquella maravillosa aparición tan fervientemente deseada, la princesa trepó por la barranca y fué a ocultarse detrás de una zarzamora. Al



*Toda la noche la  
dedicó Leonor a  
su tejido...*

poco rato se vió rodeada por los cisnes, que se habían posado cerca de ella.

Apenas el sol se ocultó bajo el horizonte, cayó el plumaje de los once cisnes, que se convirtieron en los once hermosos príncipes hermanos de la niña.

Leonor dió un grito de júbilo al reconocerlos, y se echó en sus brazos.

—En tanto brilla el sol en el cielo —dijo el mayor de los príncipes—, volamos y nadamos bajo la forma de cisnes silvestres.

—Pero, en cuanto el sol se oculta —dijo el segundo—, volvemos a tomar la forma humana.



*Se despertó al oír*



teó de los cisnes...

—Por esta razón —agregó el tercero—, siempre que se pone el sol tenemos que buscar un punto de apoyo.

—Si continuáramos volando hacia las nubes —dijo el cuarto—, al convertirnos en hombres caeríamos y pereceríamos.

—No vivimos en este sitio —exclamó el quinto de los hermanos—. Nuestra morada está al otro lado del lago, en un país más hermoso que éste.

—Pero el camino es muy largo —informó el sexto—, y para llegar allí necesitamos atravesar este lago, que es casi tan ancho como el mar, sin que haya ninguna isla donde poder pasar la noche cuando nos convertimos en seres humanos.

Y agregó el séptimo:

—Lo único que se levanta en mitad de las aguas es una roca negruzca y estrecha en la que apenas si podemos sostenernos, muy apretados.

—Cuando el oleaje está embravecido —dijo el octavo—, el agua nos salpica con furia. Sin embargo, damos gracias a Dios por aquel asilo.

Le tocó el turno al noveno hermano, y dijo:

—Este es el único medio que tenemos para ir a visitar nuestra querida patria. Y una sola vez al año, pues para poder hacer la travesía necesitamos los días más largos del estío.

—Durante once días —dijo el décimo de los príncipes—, se nos permite estar aquí, y entonces volamos por encima del bosque, desde el cual vemos el castillo que nos vió nacer y en el que residía nuestro padre. También contemplamos con emoción la alta torre de la iglesia donde está enterrada nuestra madre. Hacia esta tierra, que es



...habían arrojado sobre la playa...

nuestra patria, nos arrastra siempre el deseo, y aquí hemos venido muchas veces en vano para buscarte.

—Nos quedan todavía dos días para estar aquí —dijo el más pequeño de los varones—. Después deberemos marchar hacia un país que, aunque muy lindo, no es nuestra patria. ¿Y cómo haremos para llevarte al otro lado del lago?

—¿Qué podría hacer para libraros del encantamiento, hermanos queridos? —dijo la niña.

Y así pasaron casi toda la noche, hablando sobre los medios de que podrían valerse para conseguir su libertad.

Ya el sol se reflejaba en el espejo del lago, cuando Leonor se despertó al ruido de las alas de

los cisnes que volaban sobre ella y se iban sin haberla acariciado, por no turbar su sueño.

Al caer la tarde regresaron los cisnes y recobraron su figura humana.

—Mañana nos iremos —dijo el mayor—, y no podremos regresar hasta dentro de un año.

—Nos da mucha pena dejarte —agregó otro—.

¿Tendrías valor para seguirnos?

—Mi brazo es bastante fuerte para sostener-te a través del bosque —dijo el mayor.

—Nuestras alas reunidas —expresó el más joven— ofrecerían bastante resistencia para llevar a nuestra hermana.

—¡Sí, llevadme! —dijo Leonor.

Los doce hermanos se pasaron la noche entera tejiendo una red con las ramas flexibles del sauce y los tallos del junco. Leonor fué colocada dentro, y cuando el sol asomó de nuevo por el horizonte, los príncipes, otra vez convertidos en cisnes silvestres, tomaron la red con el pico. Como la niña pesaba poco, volaron sin grandes esfuerzos hacia las altas nubes. Tan serenamente volaban, que la princesita no se despertó. Y cuando los rayos del sol, que eran muy ardientes en aquella época y en aquel país, caían a plomo en el rostro de la bella, uno de los cisnes se colocó sobre su cabeza para hacerle sombra con las alas.

## VII

### *Doce vidas en peligro*

Con la rapidez de una flecha, volaron los once cisnes durante todo el día. Sin embargo, iban más



*...iba vestida con una gruesa blusa...*

despacio que de costumbre, puesto que cargaban con el peso de su hermana.

La princesita veía con inquietud cómo el sol se iba inclinando hacia poniente. Y su inquietud era justificada, ya que todavía no se divisaba la roca solitaria que debía servir de descanso a sus hermanos cuando, desaparecido el astro rey, recuperaran su forma humana.

Le pareció notar que los cisnes agitaban desesperadamente las alas realizando extraordinarios esfuerzos, lo que aumentaba su pena. Comprendía que, como, debido a su carga, marchaban con más lentitud que otras veces, se les hacía tarde. Y si el sol se ponía antes de que llegaran a la roca, se convertirían en hombres, y caerían todos al mar, donde se ahogarían. Desde el fondo

de su corazón dirigió una oración al Todopoderoso. ¡Pero la roca aun no se veía!... Para colmo de desdichas, la nube negra se acercaba cada vez más.

El borde inferior del disco solar tocaba ya las aguas del lago, y el corazón de la pobre niña palpitaba de angustia. Los cisnes descendían con tanta rapidez, que parecía que se caían; pero no tardaron en volver a elevarse.

El sol estaba ya medio hundido en el agua, cuando vieron la roca. Asomaba apenas el borde superior de su disco sobre el lago, cuando la princesa puso los pies en tierra. Y al extinguirse por completo la luz del astro rey como la última pavesa de un papel quemado, vió Leonor que sus hermanos la rodeaban. No quedó vacío ni el lugar más pequeño de la roca. Las olas batían con violencia y pasaban sobre las cabezas de los doce príncipes como un chaparrón; el cielo parecía de fuego, y el trueno retumbaba incesantemente. Pero los doce hermanos, agarrados fuertemente de las manos y temblando de frío, se consolaban y tomaban coraje elevando oraciones al Señor.

## VIII

### *Hacia el país hospitalario*

El nuevo día amaneció templado y en calma. Apenas apareció el primer rayo de sol, los once príncipes, transformados en cisnes, levantaron vuelo, llevando a Leonor como en la primera jornada.

No pasaron muchas horas sin que la niña des-

cubriera el país hacia el cual se dirigían. Había montañas azuladas cubiertas de bosques. Y en los valles, aldeas, villas, ciudades y castillos.

Faltaban todavía algunas horas para que el sol se pusiera, cuando la princesa se encontró sentada sobre una roca delante de una sombría y amplia cueva en cuyas paredes las plantas trepadoras parecían tapices bordados.

El menor de los hermanos le mostró su alcoba y le dijo:

—Vamos a ver si esta noche duermes bien y tienes hermosos sueños.

—Quisiera soñar en la manera de salvarnos —contestó Leonor.

Se acostó, absorbiendo en este pensamiento, invocando el auxilio de



*Retumbaba el trueno y los rayos desgarraban...*

Dios con tal fervor que hasta en sueños siguió rezando.

De pronto se sintió llevada por los aires hasta el palacio del hada Morgana. Esta salió a su encuentro, y Leonor observó que, a pesar de su hermosura y esplendor, se parecía a la viejita que le había dado frutas en el bosque y la había dirigido hacia el lago donde estaban los once cisnes empenachados con coronas de oro.

—Sé a lo que vienes —le dijo la reina de las hadas—, y puedo decirte que tus hermanos se librarán del encantamiento, si tienes valor y perseverancia. Es verdad que el agua redondea las más duras piedras, pero no siente los dolores que sentirán tus delicados dedos. ¿Ves esta ortiga que traigo en la mano? Como ésta crecen muchas en las proximidades de la cueva que te sirve de morada; pero únicamente las que crecen en las tumbas del cementerio te serán útiles. Juntarás una gran cantidad de esas ortigas, aunque al tocarlas tu piel se llene de ampollas; las machacarás después con los pies, sin retroceder ante los terribles dolores que sientas, hasta que se conviertan en hebras. Con estas hebras tejerás once túnicas de mangas largas; las colocarás sobre los once cisnes que son tus hermanos, y el encanto habrá desaparecido. Pero desde que empieces ese trabajo hasta que lo termines, debes guardar un silencio absoluto; pues la primera palabra que saliere de tu boca penetraría en el corazón de tus hermanos como un puñal asesino. No olvides esta recomendación: la vida de los príncipes depende de tu lengua.



*Y cuando el verdugo fué a agarrar su brazo...*

## IX

### *La tejedora sin voz*

El hada Morgana tocó con su ortiga la mano de Leonor, y ésta despertó como si hubiera en realidad sentido una quemadura. Se levantó apresuradamente, consideró lo visto en sueños como un aviso del cielo y se arrodilló y dió gracias a Dios.

Se fué al cementerio, juntó las groseras y punzantes ortigas que la abrasaban, sufriendo con gusto el dolor al pensar que así podría librar del encanto a sus hermanos. Machacó después con sus blancos y pequeños pies los tallos de las rústicas plantas hasta convertirlos en una hilaza verde.

Cuando se hubo puesto el sol, llegaron sus hermanos y tuvieron un serio disgusto al ver que la niña se había vuelto muda, atribuyéndolo a una nueva brujería de su madrastra. Sin embargo, al notar sus manos hinchadas y llagadas, comprendieron lo que por ellos estaba haciendo. El más joven empezó a llorar junto a ella, y allí donde caían sus lágrimas cesaba el dolor.

Toda la noche la dedicó Leonor a su tejido.

Cuando a la mañana siguiente los once cisnes levantaron vuelo, siguió la niña trabajando en su soledad.

De pronto, el sonido de un cuerno de caza la llenó de terror. Como aquel ruido se iba acercando y aumentaba, Leonor se escondió en la caverna, hizo un atado con todas las ortigas y se sentó encima de él para ocultarlas.



*las brujas la persiguieron...*

No tardaron en aparecer ante la cueva varios perros seguidos de cazadores.

El más hermoso, que era el rey de aquel país, se acercó a Leonor y quedó prendado de su belleza.

—¿Cómo te encuentras aquí, encantadora niña? —le preguntó.

Leonor movió la cabeza, ya que la vida de sus hermanos dependía de su silencio, y escondió las manos bajo el delantal para que el rey no viera las llagas que las afeaban.

—Ven conmigo —prosiguió el monarca—; no puedes permanecer en semejante soledad. Si eres tan buena como linda; si la ternura de tu alma es tan pura como la belleza angelical de tu rostro, te vestiré con gasas y terciopelo, te pondré una corona de oro y te daré mi mejor castillo para que en él vivas como una reina.

En seguida la tomó en brazos, la colocó en su caballo y emprendió el regreso.

Ella lloraba y se retorció las manos con desesperación.

Entonces el rey le dijo:

—No te pongas así. Debes saber que no deseo más que tu felicidad.

Al acercarse la noche vió Leonor la soberbia capital del reino. El rey la condujo a su castillo, lleno de comodidades, objetos de lujo y obras de arte. Pero la princesa, en lugar de admirar toda aquella magnificencia, lloraba amargamente. Es que se acordaba de sus hermanos, que la echarían de menos, y a los que no podría librar del encantamiento, sin las hebras de ortiga.

Ya muy entrada la noche, el rey la condujo a una pequeña alcoba destinada a la futura reina. Había hecho adornar aquella pieza con preciosos tapices verdes que recordaban la caverna donde la había encontrado. Ella penetró con el corazón sangrando de dolor, pues todo aquello avivaba su nostalgia. Pero ¡oh prodigio! En el suelo estaba el paquete de hilaza de ortigas, y colgada en el techo, la túnica que había tejido.

—Aquí podrás soñar en tu antigua morada —le dijo el soberano.



*Le hicieron compañía...*

Leonor sonrió. Pensó en la salvación de sus hermanos, y besó la mano del rey.

## X

### *La calumnia*

La mudita del bosque, como la llamaban, llegó a ser la reina del país.

Al ir a comenzar la séptima túnica, le faltó hilaza. Sabía que las ortigas para su trabajo debía ir a buscarlas al cementerio.

Trémula, como si cometiera una mala acción, se deslizó por el jardín, salió a la calle y llegó al camposanto. Allí quedó aterrada al ver sobre la ancha piedra de un túmulo un círculo formado por repugnantes brujas.

Se persignó y pasó por delante de ellas sin mirarlas. Las brujas la persiguieron con sus infernales miradas y gestos horribles, pero la reina, sin dejar de orar, arrancó las ortigas.

Un duque envidioso, que la vigilaba cuidadosa-

mente, la había visto, llegando a la convicción de que la soberana no era más que una hechicera.

Al día siguiente le informó al monarca. Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de este, y una terrible duda le desgarró el corazón.

La pobre reina reparó en la tristeza de su augusto esposo, sin adivinar la causa. Sus lágrimas caían sobre los terciopelos y la púrpura como diamantes deslumbradores. Sin embargo, siguió su trabajo con valor y no tardó en tener hechas diez túnicas. Le faltaba hilaza para tejer la última.

Se dirigió al campamento, sin sospechar que el rey y el duque la seguían. Estos la vieron entrar en el cementerio y contemplaron a distancia el terrible cuadro de las brujas. El rey no quiso ver más.

—Que el pueblo juzgue a esa desdichada.

Y el pueblo, azuzado por el duque, condenó a Leonor a la hoguera.

La pobre niña fué sacada de los magníficos salones y conducida a la plaza, para ser quemada, sobre una carreta tirada por un flaco caballo. Mientras sus labios murmuraban oraciones sin cesar, sus dedos, sin cesar también, tejían la hebra verde. Ni marchando a la muerte había querido interrumpir su tarea. Concluyó la última cuando estaba cerca del cadalso.

La multitud se burlaba de ella y le dirigía frases injuriosas.

—¡Qué bruja desfachatada! —decían—. En lugar de llevar un libro de oraciones en la mano, continúa sus maleficios hasta el último momento. ¡Quitémosle esa maldita tela!

vieron la roca...



## XI

### *Termina el maleficio*

Ya algunas manos brutales iban a agarrar a la infortunada, cuando aparecieron los once cisnes blancos empenachados con corona de oro y se colocaron a su alrededor como para defenderla, mientras agitaban sus alas.

El populacho retrocedió con asombro.

—¿Será esto una advertencia del cielo?... A lo mejor la reina es inocente...

Esto dijeron muchos en voz baja.

Mientras tanto, Leonor subió al cadalso, y cuando el verdugo la fué agarrar de un brazo, ella arrojó rápidamente las once túnicas sobre los cisnes, que en el acto se quedaron transformados en hermosos príncipes.

—¡Gracias a Dios, ya puedo hablar! —gritó la reina—. ¡Sabed que soy inocente!

A la vista de aquel prodigio, el pueblo entero se inclinó ante Leonor como ante una santa.

—¡Sí, nuestra hermana es inocente! —dijo el mayor de los príncipes.

Y relató lo ocurrido. El cadalso se transformó en un tupido bosquecillo de rosales rojos, sobre los que brillaba una flor blanca como una estrella. El rey tomó aquella flor y, cayendo de rodillas ante su mujer, la colocó sobre su corazón.



Impreso en los Talleres de la Editorial Tor, el 8 de enero de 1945. Bs. Aires

SC  
Lij  
C-LA  
03





EDITORIAL  
**TOP**